

Velasco Ibarra en el recuerdo: Entrevista a Eugenio Raúl Zaffaroni (parte II)

¿Cómo era doña Corina?

Se trataba de una mujer de extraordinarias dotes, como poetisa, pianista, compositora, sin duda que hubiese brillado en el arte si no se hubiese dedicado en cuerpo y alma a completar a Velasco.

Permítame hurgar un poco en la biblioteca, si. Aquí están los libros de Corina, con su nombre o con el pseudónimo de Alma Helios. Aquí está la edición de 1963 de *Banda presidencial* y las reediciones con poesía. Aquí está *La rosa blanca* de 1957, *Aquí* de 1958, *Historia de la lágrima* de 1965, *Más allá del amor* de 1967. Veo, aquí tengo esto, el discurso inaugural de Velasco del 1° de setiembre de 1968, dedicado por doña Corina: “A nuestro querido amigo Raúl Zaffaroni, Corina de Velasco Ibarra”. Hacía mucho que no abría esta carpeta, aparecen estas cosas.

En fin, sí, doña Corina era una mujer de extraordinarias dotes y sensibilidad, bahiense, descendiente de españoles de Gibraltar. En el comedor había un enorme óleo que recuerdo dominado por el azul celeste de una señora con rosas blancas, que era la madre de doña Corina.

Corina era el cable a tierra de Velasco, creo que se relacionaba con el mundo a través de ella, era en parte sus sentidos, su intuición, siempre me pareció eso. Velasco, es verdad, ya no podía sobrevivir sin Corina. Era múltiple, asumía los roles con naturalidad, era, como le digo, su cable a tierra. No, no era nada usual esa relación de complementación, por cierto. Doña Corina renunció a ser la mujer artista brillante para acompañar al líder ecuatoriano que llenó décadas de la historia de ustedes, y lo hizo en la buena y en la mala, como primera dama y como exiliada, incluso en los peores momentos de Velasco, pasando estrecheces muy graves, en Venezuela, en Uruguay, en México. Es la verdad, Vallejo no inventa en esto. Discreta, distinguida, digna siempre pero absolutamente para nada soberbia, femenina pero sin niñerías, dulce en sus modos, cuidadosa de los detalles, estaba en todo. Una extraordinaria mujer, por cierto.

Tengo esta cigarrera artesanal quiteña, estaba siempre en el recibidor de Velasco a lo largo de los diez y siete años que los traté. Cuando desocupamos la casa, Queca, la prima de Corina, me dijo “llévese algún recuerdo” y elegí esta modesta cigarrera, porque doña Corina me comparaba los cigarrillos que fumaba en la sobremesa y los ponía en ella. Estaba en todos los detalles.

¿Usted vivió en Quito en el quinto velasquismo?

No, no, nunca viví en Quito, estuve en dos oportunidades durante el quinto velasquismo, unos diez días la primera y tres semanas la segunda. Cuando en 1967 habían venido los políticos ecuatorianos a ofrecerle la candidatura a Velasco, hubo un almuerzo en el Hotel Plaza de Buenos Aires y Velasco me invitó, allí estuvimos, fue emocionante. En 1965 y hasta mediados de 1966 yo había estado en México y volví parando en todas las capitales de la América española, hasta llegar a Buenos Aires. Durante ese año hubo intercambios de cartas con Velasco y al regresar volvimos a los almuerzos y cenas. Más o menos cuando Velasco partía para Ecuador a su campaña electoral, yo me marchaba de nuevo a México, donde me habían ofrecido la cátedra en la Universidad Veracruzana. Me quedé algo más de un año en México en esa segunda permanencia y hacia fines de 1968 volví a Buenos Aires y decidí parar en Quito para saludar a Velasco. Llamé por teléfono a doña Corina desde Bogotá y cuando llegué a Quito me sorprendió que en el aeropuerto me esperaba el jefe de ceremonial de la presidencia y me llevó directamente al Palacio y me instalaron en una habitación de huéspedes en el ala presidencial. Confieso que estaba un tanto anonadado. En esos días

Velasco me pidió que le hiciese un proyecto de código penal. Me quedé juntando material unos diez días alojado en el palacio y luego seguí viaje a Buenos Aires.

Aquí me ofrecieron un cargo judicial en la provincia de San Luis, de modo que en febrero regresé a México sólo para despedirme y volví a pasar por Quito donde Velasco me reconfirmó en encargo del proyecto de código y permanecí nuevamente en el palacio unas tres semanas. Fueron las únicas visitas a Quito en el quinto velasquismo y regresé a la Argentina para ocupar el cargo en San Luis.

¿Qué recuerda de esas estadías?

Bueno, tuve oportunidad de conocer a personas importantes, conocí una noche a Guayasamín, por ejemplo. De Velasco descubrí aspectos muy originales. El presidente hacía parar su automóvil en los semáforos, cuando otro automovilista lo reconocía y lo saludaba se llevaba la mano al sombrero y devolvía el saludo. Realmente, era original y no tenía nada que ver con la idea que yo tenía de lo que era un presidente. Lo acompañé a Ambato, alguna vez a Guayaquil, conocí a Bucaram, al patriarca.

Algunas veces, después del almuerzo, me decía “Véngase doctor, vamos a dar un paseo”, y salíamos los dos en su automóvil, solos con el chofer y me llevaba a las afueras de Quito, me mostraba alguna iglesia, recuerdo una con un altar con decoración asiática, seguramente influencia china por el Pacífico. Circulaba sin custodia, sólo el chofer, un hombre joven, simpático, muy buen conductor, pero la verdad que circulaba indefenso, pero Velasco no era hombre de miedos. Parábamos en algún pueblo, el cura comenzaba a tocar las campanas, la gente salía a la calle, las mujeres le llevaban los chicos para que lo toquen, era maravilloso, Velasco permanecía serio, sonriente pero sin perder la compostura, no era populachero, era popular, populista, pero no perdía la compostura en ningún momento, ni lejanamente caía en la vulgaridad.

Recuerdo que había otro chofer que estaba a cargo de automóviles que no eran el de Velasco. Un día me llevó a recorrer librerías de viejo en el centro y detuvo el vehículo en una de las tantas calles en pendiente que hay en Quito y casi se desplaza hacia abajo con consecuencias imprevisibles. Vi que el hombre conducía muy mal y, la verdad, es que me pongo muy nervioso cuando me doy cuenta de que alguien conduce mal. Suavemente, le dije que nunca había manejado un “Mercedes” y le pregunté si me dejaba probarlo, a lo que el hombre accedió. Los dos siguientes días, por supuesto, manejaba yo, pero al segundo día, cuando entrábamos al palacio, Velasco salía y no pude evitar que viese que yo manejaba y el chofer era mi acompañante. Le mentí de la mejor manera posible, diciéndole que yo se lo había pedido, que manejar ese auto me encantaba y al parecer se quedó conforme. Sólo que al día siguiente el pobre chofer lo llevó no sé adónde y Velasco se dio cuenta de que manejaba mal y peligrosamente. No me dijo nada, claro, pero al chofer lo destinaron a otras funciones, no lo despidieron, lo que me dio una gran tranquilidad de conciencia.

Hace unos meses estuve en el palacio después de todos estos años y el presidente Correa nos reunió en el ala presidencial y, si bien está toda redecorada, reconocí perfectamente los ambientes y hasta la habitación que ocupé en esos tiempos. Fue muy impactante, cuando lo dije creo que algunos me miraban como algún fenómeno biológico o alguien que volvía del pasado, porque, claro, todo esto es historia para ustedes, ahora hay “velascólogos” y yo contando estas cosas, naturalmente, señalando una puerta y diciendo que allí dormí, parezco un fantasma.

¿Hubo algo más particular en ese tiempo?

Bueno, alguna anécdota ridícula hubo, no lo puedo negar. Un buen día Velasco me invitó con toda su comitiva al Oriente, a Gualaquiza. Iríamos y volveríamos en el día. Salimos temprano del aeropuerto en dos aviones de la Fuerza Aérea. Yo iba en el avión de los

periodistas. El avión se metió en un torbellino y luego llegamos a la selva y no sabíamos bien por donde estábamos porque en Gualaquiza no había onda de radio. Reconocimos el río Zamora, pero no puedo asegurarle que no nos hayamos metido en el espacio aéreo peruano con un avión de la Fuerza Aérea. Al final, una hora después que el otro avión, aterrizamos en una pista llena de pozos y bajamos del aparato. Velasco habló a los originarios, vibrante como siempre. Debíamos volver y, en esas condiciones, yo decidí volver por tierra ante el espanto de Velasco. No me animé a volver a subir a ese aparato, realmente nunca me sentí en mi vida tan inseguro en un vuelo, y le advierto que tengo muchas horas de vuelo. Decidieron que me sacaría al ejército y, debo confesar, que eso me permitió conocer las maravillas de su país. Pasamos ríos en canoa, paré una noche en Zamora en el regimiento de selva, se elegía en un baile a la reina, realmente genial, el obispo me llevó a conocer a los grupos originarios, al cacique que le pedía que lo case con las otras mujeres, que sólo lo había casado con una. El Oriente de ustedes es algo mágico, fuera de lo común. Velasco nunca se olvidó de ese episodio, me bromeó con eso toda la vida y lo contaba a todos nuestros amigos.

El regreso a Quito en esa aventura, fue interesante, porque yo llevaba un traje oscuro y tuvieron que prestarme un uniforme claro, para que no me llene de insectos. Finalmente, tres días después llegué a Quito, logré entrar al palacio con el uniforme que me quedaba corto y una maletita militar que me habían regalado, y busqué pasar por la cocina para deslizarme a mi cuarto sin que nadie me viese, pero al momento en que estaba por salir de la cocina para enfilar el último tramo, el corredor, me encuentro de frente con doña Corina que, como estaba en todo, iba a la cocina a dar instrucciones. Bueno, creo que la imagen de “joven jurista” se le deba haber descompaginado, pasó a formar parte de la anécdota que duró años.

¿Es exacto lo que cuenta Vallejo acerca de la forma en que falleció doña Corina?

Dejando de lado las licencias literarias, los diálogos imaginarios propios de un escritor, sí, el resto responde a la verdad histórica. Me llamaron por teléfono a las 7 de la mañana y me informaron lo que había sucedido, que Corina había fallecido en el hospital Rivadavia a las 3 de la mañana. Fui al departamento de Bulnes, Velasco se había vuelto solo al hospital, quería estar a solas con los restos de Corina, finalmente volvió a la casa y me llamó y me dijo más o menos lo siguiente: “Doctor, yo me voy a volver a una pensión, aquí no me voy a quedar, usted tiene una casa grande, por lo que le ruego que me tenga la biblioteca”. Obviamente, era una regresión al momento en que vivía en la pensión de Belgrano, cuarenta años antes. Le dije que sí, que con todo gusto. Yo era juez de sentencia en ese tiempo y pasé a ocuparme de lograr que en la morgue judicial liberaran el cadáver lo antes posible para posibilitar el velatorio, lo que conseguí al atardecer de ese día. Era increíble, una primera dama fallecida cayendo de un colectivo porteño, Velasco no tenía automóvil ni chofer, obviamente. Tengan esto presente, el pueblo ecuatoriano no debe olvidarlo, la múltiple primera dama muerta por la imprudencia del conductor de un vehículo donde viaja nuestro pueblo. Así fue, exactamente.

Pero ese no fue el proyecto de vida de Velasco.

No, por cierto. Esa noche llegó la familia de Quito y Velasco había decidido volverse al Ecuador. Con Queca, la prima de doña Corina, habíamos pensado que su proyecto original era viable, que lo podíamos invitar todos los amigos, una vez cada uno, a comer en nuestras casas, a pasearlo y hacerle la vida de viudo más agradable. Pero en pocas horas cambió el proyecto. Al día siguiente fue el sepelio en el cementerio de la Chacarita y estaba decidido que sería trasladada a Quito y que Velasco partiría con los restos. Su familia se lo llevaba y volvía a su tierra.

Ya relaté como fueron los últimos momentos en nuestro país. El único que viajó con él hasta Quito fue Argañaraz Alcorta, que en una charla nos relató algunos detalles de ese viaje.

Más o menos contó que en un momento del vuelo, el comandante tomó la palabra por micrófono y dijo “yo quiero decirle al doctor Velasco Ibarra: que en este preciso momento, en este mismo momento, el avión está dejando tierra peruana y entrando al cielo ecuatoriano y le quiero decir también que por la información que tengo a través de la comunicación radial del avión, lo espera un pueblo silencioso, con pañuelos blancos”.

Cuenta Argañaraz que llegaron al aeropuerto y efectivamente, una cantidad enorme de gente, con pañuelos blancos, en silencio, que era una cosa impresionante, movían los pañuelos blancos, una ola de pañuelos blancos en un silencio.

El Jefe de protocolo de la Junta Militar subió al avión y habló con Jaime Acosta Espinosa, el sobrino y secretario de Velasco, diciéndole que querían presentarle las condolencias y, como junto al edecán de Videla unas horas antes, parece que volvió a surgir el cóndor intacto, porque Argañaraz cuenta que escuchó exactamente lo siguiente: “Esta junta que me ha sacado del gobierno no tiene valor para mí y para mi mujer tampoco lo tenía, no puedo aceptar las condolencias de quienes no han sentido valor y amor por la patria ecuatoriana, dígame que éstos señores que no suban al avión porque no los voy a recibir”. Y Argañaraz concluye el relato de esto preguntándome: “¿Te acordás cuando se ponía fuerte con esa voz firme?” Y sí, era la misma potencia con que en el aeropuerto de Ezeiza, había reiterado y acentuado su agradecimiento a nuestro Pueblo.

¿Qué recuerda de los últimos años de Velasco en la Argentina?

Estaba viviendo en Alemania cuando leí en el diario la caída del quinto velasquismo, que no fue en realidad un golpe contra Velasco, que ya terminaba el mandato, sino para impedir las elecciones, según creo. Demoré unos seis meses desde el golpe hasta que volví a Buenos Aires y retomé los rituales de almuerzos y cenas. La vida de Velasco transcurría tranquila, aunque la Argentina no estaba en esos años nada tranquila. Velasco y Corina vuelven en 1972, estaba Lanusse, luego se convocaron las elecciones de 1973 que ganó Cámpora, vuelve Perón, el tiroteo y los muertos en Ezeiza, a las semanas la renuncia de Cámpora, el interinato de Lastiri, Perón presidente, la ruptura con Montoneros, la muerte de Perón, el gobierno de Isabel y el golpe genocida de 1976. Años pesados y sangrientos por cierto, ojalá que nuestro Pueblo no vuelva a pasar por eso jamás.

¿Velasco admiraba a Perón?

Era algo ambivalente. Admiraba al peronismo, a la reivindicación de los trabajadores, al pueblo peronista, a Eva Perón, a Evita, pero no a Perón. Creo que eran dos modelos de caudillos muy diferentes, no sólo de pueblos, sino quizá incluso de época. Alguien escribió una biografía de Velasco definiéndolo como un caudillo “romántico”, tenía algo de nuestro Hipólito Yrigoyen, prefería orientarse por “principios infinitos”, si a este respecto aceptamos el sentido que Abbagnano da a la expresión “romántico”. Perón era diferente, era un líder de posguerra, mucho más pragmático, claro que no carecía de principios, por supuesto, pero se orientaba más por la coyuntura, en el sentido de un verdadero estratega. Dos modelos diferentes: ni mejor ni peor, simplemente diferentes y no podían simpatizar mucho entre ellos. Pero es cierto que Velasco tenía una profunda admiración por el pueblo peronista, casi diría que envidiaba a Perón, que era lo que alguna vez me sugirió Salvador Ferla tomando un café en una esquina después de un almuerzo en casa de Velasco: “¿Cómo puede haber envidia incluso entre los grandes!” se asombraba Ferla, con su sonrisa un poco tristonera pero bonachona.

Obviamente, cuando comenzaron a circular las invenciones de fabulosos negociados en el gobierno de Isabel, que es la táctica de siempre de los gorilas golpistas, que convierten lo desprolijo en corrupto, mostrándose como los “impolutos” para hacerse del poder e instalar

una corrupción sistémica que deja hipotecada la Nación, allí Velasco se puso peor frente a todo lo que rodeaba a Isabel.

Sin embargo, hubo un episodio curioso que me tocó presenciar. Un sábado al mediodía había venido a visitarlo el Dr. Araujo Hidalgo, antiguo colaborador muy estrecho de Velasco, y en cierto momento le dijo que Velasco era en definitiva quien tenía la culpa de Isabel, lo que lo sorprendió muchísimo. De inmediato Araujo Hidalgo explicó que una vez, una señora pasó por delante de él, se metió en el despacho de Velasco y le dijo que necesitaba un pasaje a Panamá, porque quería estar con el General Perón para darle su apoyo y fuerza. Velasco se sorprendió y al fin le indicó a Araujo que buscara algún pasaje de cortesía y se lo diese, y así fue como la señora partió para Panamá. Según Araujo, esa señora era Isabel, lo que es posible, aunque no coincide con otras versiones de nuestros historiadores.

¿Venían muchos ecuatorianos a visitar a Velasco?

En los últimos años venían con más frecuencia, pero no era el caso de Araujo Hidalgo, los que venían lo hacían para tentar a Velasco a volver a ser candidato a medida que la Junta se iba desgastando y debía convocar a elecciones, en las que finalmente fue electo el pobre Roldós. Lo cierto es que esas visitas me agrandan la imagen de Velasco en la memoria. Por regla general, en algún momento nos parábamos para irnos, y Velasco despedía a los ecuatorianos que venían a tentarlo y nos hacía quedar al resto. En un par de ocasiones se lo vio realmente enojado con los visitantes, indignado después de haberse marchado éstos, porque afirmaba que ellos sabían que con ochenta y cinco años no podía volver a gobernar y sólo buscaban su nombre para ponerlo al frente de un gobierno condenado al fracaso, pero en el que podrían medrar.

Al contrario de la mayoría de las personas que con los años se van considerando imprescindibles, Velasco se daba cuenta de sus limitaciones, con perfecta lucidez se hacía cargo de su incapacidad etaria para lo que le proponían, pese a que era un hombre de extraordinaria salud física, al punto que un día en 1975, descubrieron que un riñón no le funcionaba desde hacía tiempo y se había infectado y era necesario extirparlo. Nos preocupamos todos por la intervención quirúrgica, pero salió bien. A los tres días Velasco apareció en mi despacho en tribunales no sólo para mi asombro sino para mi pánico, lo único que le dolía era una pierna, porque le habían rozado el ciático con una inyección.

¿Qué hubo de cierto en lo de desmontar el departamento de Bulnes que cuenta Vallejo?

En realidad, le había advertido al doctor Velasco que la indemnización por la muerte de doña Corina la pagaría el seguro de la empresa, por lo que era conveniente litigarla y luego donarla a alguna obra en memoria de su señora. Me había dado un poder especial para eso y general para administrar, aunque no había nada que administrar. La biblioteca y algunos objetos de valor se los habían llevado a Quito, otros habían quedado en manos del yerno del dueño del edificio, el señor Velasco a quien menciona Vallejo, y quedaban los muebles. Obviamente el fallecimiento de Velasco al poco tiempo impidió que cobrase la indemnización, pues como dije, no hubo sucesión, el poder sólo me sirvió para devolverle la línea telefónica al propietario del departamento, y los muebles fueron llevados a una habitación que tenía en la parte inferior de la casa en que vivía entonces, en el barrio de Caballito. Allí permanecieron cerca de un año, hasta que Jaimito, es decir, Jaime Acosta Espinosa logró llevarlos a Quito. Los otros objetos se los devolvieron a la familia, en especial el óleo grande con el retrato de la madre de Corina y un jarrón de Sèvres. Así se fueron de aquí las últimas cosas que acompañaron a Velasco después del quinto velasquismo. Es verdad que desmontamos el mobiliario del departamento para llevarlo a mi casa, hasta que lo pudieron trasladar a Quito. Creo que lo hicimos con Velasco y Queca, la prima de doña

Corina, me parece que un sábado o domingo a la mañana si no recuerdo mal. La licencia literaria de Vallejo está en lo del almanaque y el viento, lo demás es cierto.

En verdad, cuando contemplé desmontado el mobiliario, me di cuenta que era modestísimo, sólo que el buen gusto y la habilidad de doña Corina lograba disimularlo dándole un señorío particular. La biblioteca, que fue lo único que no enviamos a Quito, porque no tenía sentido hacerlo, eran simples estantes de madera pintados, como una biblioteca de casa de estudiantes. Nunca se olviden ustedes de estas cosas, son importantes, muy importantes para alimentar los grandes mitos que hacen a un pueblo y consolidan una nación.

¿Hay algo más de importancia que recuerde de Velasco?

Sí, quisiera recordar la última noche de Velasco en Buenos Aires, su último atardecer en el departamento de Bulnes. Vale la pena recordarlo, porque me impresionó mucho. Velasco estaba sentado en el recibidor, en su sillón de siempre, con gesto de agotamiento totalmente extraño a él, en sillas estábamos unos seis amigos del grupo. Caía lentamente esa tarde de verano porteño, la casa estaba tan deprimida como todos, en plena tarea de embalaje de cosas, y de pronto nos mira y dice “Aquí dejo a mis verdaderos amigos”, y acto seguido nos fue mirando a cada uno de nosotros y diciendo con detalles todas las pequeñas atenciones que habíamos tenido para él, recordando cada una de esas pequeñas cosas que uno puede tener para un amigo, insignificantes para nosotros, que las hacemos y olvidamos por obvias: “A usted doctora, le tengo que agradecer ...”, “a usted señor ...”, “a usted doctor ...”, hasta terminar el círculo de los que lo rodeábamos. Una perfecta y completa contabilidad de atenciones casi banales. Allí caí en la cuenta de la tremenda soledad del líder, que registraba con precisión estadística en su memoria todos los gestos de afecto de quienes no teníamos ningún interés en obtener nada, de quienes sólo procedíamos por afecto, por amistad, por admiración. Soledad profunda de un conductor, impresionante en quien llenó cuatro décadas de la historia de su país, fue seis veces electo por la mayoría de su Pueblo —porque una se la robaron con fraude— y en cinco ocasiones ejerció la presidencia.

Le quedo muy agradecido por esta entrevista, creo que ya le quité demasiado tiempo y ha sido usted muy generoso.

No, la verdad es que muchas de estas cosas las recuerdo porque las recapitulamos en una cena que tuvimos con Beatriz Ochotorena y Argañaraz Alcorta hace unos pocos años y de la que quedaron notas que nos refrescaron la memoria a los tres. Las notas las tomaron dos amigos, los Licenciados José Manuel Martínez y Mario Rabey. Alguna vez me había propuesto ordenarlas y extraer lo más importante, pero, como muchas otras cosas, el proyecto había quedado pendiente.

Soy yo que le agradezco esta oportunidad, porque esto no me pertenece. A mí sólo me pertenece todo lo que aprendí y me enriqueció como persona haber frecuentado al doctor Velasco Ibarra y a doña Corina. Son cosas que fortalecen, enseñan a soportar con estoicismo. Pero estas historias menudas pertenecen a ustedes, como parte de su historia grande. Cuando veía al Velasco Ibarra gigante en el balcón estatuario, o cuando lo encontraba en esa esquina de Quito, en busto con los otros tres grandes de su historia nacional, realmente y con absoluta sinceridad, sentía culpa ante el temor de que se perdiesen estos recuerdos —banales pero que enriquecen el mito— del Velasco Ibarra exiliado en la Argentina, y de que nunca llegasen ustedes a conocerlas.

Muchas gracias a usted.